

Jordina SALES-CARBONELL y Marta SANCHO PLANAS (eds.), *Monacato primitivo, paisajes eternos. Capítulos de espiritualidad en Occidente (siglos IV-VII)*, (Munera, 2), Edicions de la Universitat de Barcelona 2023, 139 p., ISBN 978-9168-987-4.

Este conjunto de estudios, presentados de manera articulada, nos ofrece una aproximación histórica al nacimiento y desarrollo del primer monacato occidental impulsado en el siglo IV por una aristocracia convertida al cristianismo que, con el paso de los años, de aquellas incipientes presencias monásticas –inicialmente ubicadas en fincas rurales y, posteriormente, situadas en estructuras institucionalizadas– surgiría una gran proliferación de monasterios en el Occidente medieval, principalmente en el Norte de África, Hispania y en la Galia insular.

Los estudios editados en esta publicación que reseñamos nos aportan datos de enorme interés a propósito de los procesos de implementación, desarrollo (y en algunos casos, extinción) de este monacato primitivo y son el resultado del primer seminario internacional sobre “Paisajes Patrísticos del Monacato Primitivo en Occidente (siglos IV-VII)” que se celebró en Barcelona el mes de noviembre de 2021, en el cual Jordina Sales-Carbonell trató sobre la vestimenta de los monjes y monjas con la aportación titulada “La moda monástica en la Hispania tardo-romana y visigoda: ¿una cuestión aristocrática?” (ver pp. 111-135), donde analiza cómo la moda se puso al servicio de un movimiento socio-religioso para hacer visible a la sociedad el nuevo fenómeno espiritual que se estaba poniendo “de moda” en determinados elementos de la aristocracia tardo-romana y ofrece, además, unos apuntes de iconografía y arqueología que contribuyen a explicar “cómo se pudo haber producido el proceso estético que partió del asceta extremo y acabó en el cenobita moderado, por lo menos en lo que a su ropaje y aspecto exterior se refiere” (p. 113), ya que la indumentaria monástica sería la parte esencial de los aspectos externos que se “magnificaron” para mostrar a la sociedad “el nuevo estatus de poder de la antes denostada y perseguida religión cristiana” (p. 133).

Otra de las contribuciones presentadas en dicho seminario internacional es la de Carles Buenacasa, que afrontó el tema de “La conciliación del pensamiento cívico y ascético en los orígenes del monacato del Norte de la África romana occidental” a lo largo de los siglos IV-VI, donde puso de relieve las líneas maestras de la irrupción del monacato en dicho ámbito geográfico (ver pp. 13-72) y señaló las particularidades del carácter “incívico” –rural y espiritualizado– del modelo antoniano del monacato, que se contraponía con el monacato “culto” y urbano de Basilio de Cesarea y de Agustín de Hipona, desarrollado en ámbitos cívicos con vinculación a la autoridad episcopal, ya que la huida al campo buscando la perfección mediante un ideal de vida solitaria y autónoma era interpretada por los paganos como una

conducta estéril y de sesgo incívico que no conducía a nada. El profesor Buenacasa remarca que la vida monástica surgió al final de las persecuciones como “una nueva oportunidad para el heroísmo de aquellos que preferían anteponer su fidelidad a Dios antes que la *cura corporum* y a las comodidades del siglo”, puesto que el monje “moría heroicamente para el resto del mundo al desaparecer tras los muros del cenobio” (p. 57). El modelo agustiniano alcanzó una gran expansión en numerosas poblaciones del Norte de África donde se logró establecer un monasterio de clérigos instalado en la sede episcopal para regular la vida en comunidad del clero local, uno de laicos y, en la medida de lo posible, un cenobio femenino para acoger y formar a las jóvenes locales que habían optado por consagrar su virginidad (ver la “Tabla de los monasterios conocidos en África durante el período romano-vándalo, siglo IV-VI” en pp. 59-72).

Debemos valorar la versión y estudio que nos brinda Mattia C. Chiariatti (ver pp. 101-109) sobre el texto normativo redactado para organizar las primeras experiencias de vida monástica en Occidente, titulado “La *Regula Macarii*; una fuente monástica del siglo V” que, muy posiblemente, redactó a finales del siglo V el abad Porcario del monasterio de Lérins (bajo el nombre ficticio de Macario) en la cual articuló los aspectos generales de la vida comunitaria desarrollados en el interior de un monasterio. Chiariatti nos regala una cuidada versión al castellano de la *Regula* a partir de la edición crítica del texto que en 1982 publicó Aldabert de Vogüé (ver en pp. 103-109: *Da comienzo la Regla de san Macario Abad, quien tuvo bajo su orden a cinco mil monjes*); una Regla monástica de tono profundamente pragmático y que dispone cómo los monjes deben guardar entre ellos “la perfectísima caridad, y que amen a Dios con toda la mente, con todo el corazón y con toda la virtud” (*Regla de san Macario*, 1). Finalmente, y a propósito de este célebre monasterio de Lérins, resaltamos la importancia de las aportaciones de Raúl Villegas sobre “La construcción del paisaje monástico en los primeros escritos de los monjes de Lérins” (ver p. 81-97), fruto de un meticuloso análisis de los primeros textos que nos hablan de la configuración espiritual de tan emblemático monasterio en las islas lerinenses, edificado frente a las costas francesas de la actual Cannes.

Estos cuatro estudios reseñados para los lectores de *Estudios Franciscanos* se enmarcan dentro del proyecto “Paisajes monásticos. Representaciones y virtualizaciones de las realidades espirituales y materiales medievales en el Mediterráneo occidental (siglos VI-XVI)” que financió el Ministerio de Ciencia. Nos congratulamos por tan novedosas y sugestivas aportaciones al conocimiento del monacato primitivo en Occidente.

VALENTÍ SERRA DE MANRESA